



A MIGUEL HERNANDEZ

Llegas hasta mí...  
 y me envuelves como la luz de cada día,  
 detrás de cada verso  
 está tu alma y abiertas tus heridas.  
 En cada amor, en cada muerte, en cada vida  
 hay un recuerdo tuyo,  
 en cada esquina  
 me encuentro tu mirada  
 perdida hacia Orihuela.  
 Y a pesar de tu cuerpo acartonado,  
 fundido para siempre en tierra y polvo,  
 hay una luz que sale de las sombras,  
 hay una luz que ciega y se prolonga,  
 que mana de tu sangre, de tus venas.  
 Tu eres ese rayo que nace de la aurora,  
 que se levanta lento para quemar las sombras.  
 Tu voz de soñador,  
 tu tronadora voz de libertad,  
 de vida, de muerte, de amor  
 llega al corazón de las montañas,  
 se esparce como el viento  
 por los cerros: y las mañanas,  
 saciadas de rocío,  
 esperan inútilmente para rodear tus pies.  
 El almendro está alegre  
 de oírte hablar con Sijé  
 bajo sus ramas.  
 Las amapolas sienten nostalgia  
 de tus versos...  
 y se oye en Orihuela el balido de tus cabras  
 que reclaman tu presencia en la montaña.

*Volverás*  
 con tus ojos nubes  
 sabiendo de mi pecho la ternura  
 aunque las cornisas afilen sus aristas  
 y te asombre aún el reencuentro de las manos.  
 Olvidarás la distancia  
 –trepando trenes venciendo al viento–  
 y a los pañuelos que atan los adioses  
 y las lágrimas  
 y te enclaustran en espejos abisales.  
 No debes olvidarlo  
 tu ausencia emancipa al sueño  
 y agrieta las horas y los días.

*Te has quedado otra vez en el portal del sueño  
 dilatando las horas de vigilia  
 de este tormento obstinado de luna  
 insistiendo en el pasado  
 en una íntima curvatura de beso.  
 Pretendes que te abra la ventana y el tiempo  
 para que puedas intacta entrar a raudales  
 aunque cuentes solamente  
 con la impaciente y extrema desnudez del hueso.*

Ramón Bordoli